

VIDA DE SAN DISIBODO OBISPO Y CONFESOR EN DYSEMBERG, TERRITORIO DE MAGUNCIA EN ALEMANIA, ESCRITA POR SANTA HILDEGARDA.

ADVERTENCIA

Santa Hildegarda escribió la Vida de San Disibodo en el año 1170, por orden de Helinger, el quinto abad del Monte que lleva el nombre del Santo. Esta Vida de San Disibodo es única y exclusiva, publicada por Surius, y se cita frecuentemente, otorgándole la consideración de "divinamente revelada". Así lo asegura ella misma en el número 1: "Las visiones reveladas del libro de la vida de los Méritos... por la piedad de la divina sabiduría, escuché una voz del cielo que decía así." Y nuevamente en el número 52: "Estas cosas, que han sido reveladas, por el Espíritu Santo, para la gloria de su nombre y en memoria del mencionado patrón, y para la corrección de los hombres oyentes, han sido manifestadas por una verdadera revelación." Sin duda, una afirmación sorprendente de Hildegarda, sobre una narración confusa e intrincada, sin ningún carácter histórico verdadero, que Mabilio no consideró digna de ocupar un lugar entre los Actos de los Santos de su orden. "Las hazañas de Disibodo, dice, fueron ampliadas por Santa Hildegarda con lugares comunes."

He revisado repetidamente y con atención esta extensa obra, tanto en nuestro manuscrito recibido de San Maximino de Tréveris por Rosweyd, como en la edición de Surius, más pulida o, como otros dicen, corrompida: pero en ninguna parte me aparecieron siquiera leves indicios que permitieran atribuir a tal escritura la prerrogativa de revelación, no más que a cualquier otra leyenda de santos de ese tipo; a menos que se consideren reveladas algunas sentencias de las Sagradas Escrituras, que la Santa autora expuso con una interpretación singular, centrada en explicar doctrinas morales, que si se separaran del resto de la obra, esta historia, tal como es, podría resumirse en muy pocas palabras, al menos en la parte que narra las gestas del propio Santo. Examina, te lo ruego, diligentemente este largo y bastante sombrío discurso; evalúa cada capítulo, incluso los morales; me equivoco si encuentras algo en alguna parte que merezca el nombre de revelación. Porque lo que ella pudo y debió saber sobre la existencia del Monte de San Disibodo, en el que había vivido antes, y sobre sus diversos casos y vicisitudes, no necesitaba ser aprendido por revelación, ya que todo eso era bien conocido y divulgado entre los monjes por Santa Hildegarda.

Desearía, en esa visión cualquiera que fuera, que se le hubieran mostrado tiempos más claros de las persecuciones y calamidades individuales; también cuáles fueron los orígenes de San Disibodo, sus padres, la cátedra episcopal, y que se nos hubiera presentado una serie ordenada de toda su vida y gestas; sobre lo cual parece que no estaba en absoluto preocupada, de modo que toda la revelación finalmente se reduce solo a lo que ella había preconcebido de lo que había escuchado repetidamente, y que "amplificó con lugares comunes". No quiero repetir aquí lo que ya se ha discutido o reavivar controversias antiguas, que el lector vea lo que Papebrochius discutió hace tiempo sobre este tipo de visiones y revelaciones, en las Respuestas al artículo XX de la Exhibición de errores, erróneamente atribuidos a él; a menos que alguien considere que todo el asunto debe resolverse de manera más concisa, y con razón dude si esa acumulación de cosas, al menos tal como nos ha llegado, es propia y genuina de Hildegarda, y no más bien aumentada y ampliada posteriormente por algún interpolador, y contada entre otras revelaciones de esa Santa, conocidas de otra manera y de alguna manera aprobadas, sobre las cuales no es conveniente investigar más en este lugar, ni parece que valga la pena.

Además de esta Vida muy divulgada escrita por Santa Hildegarda, encontré otra entre nuestros documentos, de la cual nadie ha hecho mención hasta ahora: pues como señaló el

mencionado Mabilio, siglo III Benedict. parte II, pág. 498: "Aparte de Hildegarda... nadie de los antiguos, que haya leído, menciona a Disibodo, excepto Rábano Mauro y Mariano Escoto." Y ciertamente, esa otra vida no es tan importante, transcrita del Passionario membranoso del monasterio de Bodec por nuestro P. Juan Gamans, como para merecer ser mencionada o muy elogiada. La llamo un centón, adornado quizás por algún monje del Monte de San Disibodo: digamos más bien, compilado de manera burda de otros Actos de Santos, con un inicio casi tomado de los Actos de San Kiliano, y otros elementos tomados de aquí y allá. La mayor parte de toda la narración se centra en describir la caza del rey Dagoberto, quien, persiguiendo maravillosamente a una cierva durante tres días, "ascendió al monte que habitaba el hombre de Dios," y lo encontró allí escondido en su cabaña, siendo recibido por él con una frugal comida, durante la cual la fiera, presionada y fatigada por los cazadores, se refugió en el Santo. Luego narra cómo Disibodo domesticó a la cierva y se la dio al rey como regalo, la cual lo seguía a todas partes como un perro doméstico.

Por el contrario, el rey, admirando el prodigio y no ingrato, se dice que concedió al Santo tanto espacio de tierra "para su utilidad y la de sus descendientes, como pudiera recorrer desde el amanecer hasta la llegada de la hora vespertina, con un asno como montura:" todo lo cual "el rey confirmó con su perpetua mano escrita;" incluso lo que el escritor plagario quiso robar de otras Leyendas, que aquí no es necesario enumerar. Omito otras cosas igualmente pueriles, tan puerilmente y verbosamente ensambladas, que no juzgo dignas de una lectura seria. Si hago la conjetura correcta, estas fueron recopiladas quizás en el siglo XIII o XIV por alguien que ignoraba la vida más antigua de Santa Hildegarda, ya que menciona cosas muy diferentes y completamente ajenas al sentido de este autor. Esto también parece poder deducirse de los pocos milagros añadidos por este escritor más reciente a su Leyenda, que, siendo desconocidos para Santa Hildegarda, quien relató otros mucho más antiguos, deben haber sido hechos y escritos después de su muerte; y esto ocurrió en el año 1180; por lo tanto, si no me equivoco, es evidente que tanto la Leyenda como los milagros deben referirse a siglos más cercanos a nosotros. Por lo tanto, solo consideramos que deben tomarse de allí los milagros ya mencionados, de los cuales el escritor se declara testigo, narrándolos con largos rodeos y circunloquios, que podrían haberse reducido cómodamente a unas pocas líneas.

COMIENZA LA VIDA.

CAPÍTULO PRIMERO. Origen del Santo, padres expulsados por tiranos, progreso en las letras, elección como obispo, abdicación y retiro de su patria.

En una visión mística, como Dios quiso, por la petición y orden de mis preladados, a saber, del abad Hebiger [Helinger] y de todos los hermanos que sirven a Dios en el Monte del bienaventurado Disibodo, contemplaba sobre la vida y méritos de ese mismo bienaventurado Padre, y después de las visiones reveladas del libro de la vida de los méritos, en el año milésimo centésimo septuagésimo de la Encarnación del Señor, reinando Federico, emperador de los romanos, bajo la presión de la sede apostólica, yaciendo casi tres años en el lecho de enfermedad, por la piedad de la divina sabiduría, escuché una voz del cielo, vigilante en cuerpo y alma, que decía así: El elegido de Dios, Disibodo, desde su infancia, inspirado por el Espíritu Santo, como el bienaventurado Nicolás y el bienaventurado Benito y sus semejantes, anhelaba con corazón sediento todo bien que veía y oía. Por lo tanto, de él se puede decir: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza a causa de tus enemigos, para destruir al enemigo y al vengador (Salmo VIII).

2. Esto debe entenderse así. En el buen afecto de los niños, que aún no tienen habla, y de aquellos que más bien deberían succionar leche que hacer maravillas, tú, que eres el Señor de

todos, llevaste a la alabanza perfecta de tu nombre, cuando a menudo operaste tus maravillas en ellos: es decir, cuando los inspiraste, aún sin tener plena médula, para que dijeran muchas cosas en el hablar y actuar sin saberlo; y cuando fortaleciste a otros, contra las leyes de la carne, con tanta fortaleza, que, tendiendo con todo deseo a las cosas celestiales, no ejercían los oficios de la carne pecando. En estos, nadie debe albergar duda, porque el engaño serpentino no podía hacer estas cosas buenas y santas en aquellos bienaventurados; pues hiciste esto a causa de tus enemigos, es decir, los ángeles perdidos, para que, para su confusión, vieran tu poder en la ignorancia infantil; y para destruir al enemigo, a saber, aquel que en todas las cosas buenas te niega. Y al vengador: es decir, aquel que lanza piedras y dardos de su impiedad contra tus palabras y milagros, reprendiéndolos.

3. Estos males en los mencionados hombres bienaventurados no prevalecían en absoluto, porque hablaban lo que es recto: pues Dios en el bienaventurado Disibodo, desde su infancia hasta su vejez, obró en sus dones; de modo que su niñez no jugaba en la maldad, y su juventud no ardía en la lascivia, y la madurez de su vejez no miraba a la izquierda. Él, en efecto, dejó toda la pompa de este mundo con el corazón y el cuerpo, de modo que algunos lo afirmaban ser tonto, otros vano, otros errante, y otros maravilloso en sus obras, diciendo: ¿Qué es esto que hace este?

4. Los padres del bienaventurado Disibodo, floreciendo en la libertad del mundo, provenían de un excelente linaje de los irlandeses, pero no poseían la pompa y la gloria del mundo en exceso. Por lo tanto, algunos tiranos, hinchados de soberbia, cuando habían sometido a muchos en la misma región por tiranía, también intentaron oprimir y someter a su dominio a los padres de este bienaventurado hombre, que en ese tiempo era un niño. Sin embargo, ellos, no olvidando la libertad de su linaje, rechazando la dura e injusta sujeción, se alejaron de ellos y se trasladaron a lugares más remotos de la misma región, y junto con su hijo, el bienaventurado Disibodo, y toda su hacienda, tomaron residencia en una aldea cerca de un río que fluye del mar, donde lo encomendaron a hombres religiosos para que lo instruyeran en letras y otras artes liberales.

5. Y él, por la gracia del Espíritu Santo, retenía en su buena memoria con ingenio capaz lo que escuchaba de sus maestros, y con esto proporcionaba no poca alegría a sus padres, que sufrían en la aflicción del exilio. Así, este niño, progresando día a día, creciendo en cuerpo y santidad, ascendía de estudio en estudio de buenas obras, orando y dando limosnas, de modo que se apresuraba con todo deseo a todo lo que podía oír o aprender sobre Dios, y así, a través de los grados de virtudes y el incremento de su edad, habiendo recibido cada una de las órdenes sagradas, alcanzó el grado de presbítero cuando tenía treinta años. Habiendo recibido este grado con el temor del Señor, actuó como un buen perfumista, que planta en su jardín cada uno de los perfumes y aromas, siempre esforzándose para que su jardín esté verde y no árido.

6. En estos estudios, el santo recordaba las palabras de la Sabiduría, donde dice: He recogido mi mirra con mis aromas (Cant. V, 1). Esto debe entenderse así: Yo, que debo esforzarme en obras justas, ofrezco a Dios la mortificación de mi carne con buena intención, cuando, por amor a Él, deseo convertirme en extranjero a los vicios y huir de la inmundicia común de ellos, y no tener ninguna sociedad con ellos; porque en los aromas de las virtudes, me apresuro a amar y venerar al verdadero Dios; con el amor del deseo celestial, no fallará en mi corazón, con su ayuda. En esta voluntad recta y santa, este santo fue casi muerto al mundo, de modo que muchos al ver esto, actuaron como si no lo conocieran, y aborrecían permanecer con él; porque él se obligaba a servir completamente al espíritu y no a la carne.

7. Y mientras servía a Dios de manera loable en tales virtudes, y por esto agradaba irreprochablemente a aquellos que amaban a Dios, sucedió que un obispo en las partes de esa región emigró de esta vida a la vida futura: y cuando el pueblo, tanto menores como mayores, se reunió según la costumbre para elegir a otro como su pastor, algunos de ellos, que conocían las costumbres de honestidad y la vida de santidad del bienaventurado Disibodo, lo eligieron unánimemente como su obispo. Sin embargo, algunos, cuya vida y conducta eran reprochables, prohibieron que esto sucediera, diciendo: "¿De qué sirve hacer maestro a un hombre callado y que no habla, y que no conoce al pueblo?"

8. Pero Dios miró sobre este bienaventurado, como está escrito: Justificar al humilde y al pobre (Salmo LXXXI, 3). Esto debe entenderse así: Santificar al justo, que se humilla por Dios hasta el suelo, y que confiesa con todo su corazón ser necesitado y pobre, en sus obras; porque la justicia, con el ojo abierto de la piedad, mira sobre él. Este humilde, en efecto, siempre deseaba la pobreza, y con el ojo columbino de la simplicidad, siempre miraba a Dios; para que pudiera adquirir riquezas eternas para sí mismo; por lo cual Dios también lo amó. También consideró la muerte como muerte, y todas las cosas que perecen como nada, y puso todas sus obras en Dios, y por eso Dios lo eligió. El juez supremo había ocultado a este hombre al pueblo común, pero lo había manifestado a aquellos que lo amaban; por lo cual, aunque algunos se asombraban, quiso que él fuera maestro y obispo.

9. Y cuando este bienaventurado fue obligado por los más prudentes a aceptar la carga mencionada, él, reclamando ser indigno de tal dignidad, retiró sus manos y pies con la fuerza que pudo; pero sin embargo, siendo impulsado y prevaleciendo aquellos que temían a Dios, incluso contra su voluntad, por la ordenación divina, fue colocado en la sede episcopal. En la cual, este feliz obispo comenzó a clamar y enseñar la justicia de Dios, y exhortó a todos los que pudo a someterse a Dios, y ahora manifestó enseñando lo que había sido instruido por el Espíritu Santo desde su infancia, y les ofreció buenos ejemplos de santidad y virtudes con afecto paternal. Sin embargo, algunos, debido a los méritos de las virtudes que veían en él, lo amaban, y con el oído atento del corazón deseaban su doctrina; pero otros, que habían arrojado a Dios detrás de sus espaldas, clamaban furiosamente contra este santo: "Este vive como si no fuera hombre: por lo cual también nos obliga a vivir inhumanamente. ¿Y quién podrá escucharlo?" Y lo afligían con muchas injurias.

10. Sin embargo, él reunía a pocos y fieles hombres a su alrededor, quienes le proporcionaban consuelo y ayuda. Y afligía su corazón diariamente por Dios, diciendo: "Oh Señor Dios! Yo, tu siervo, me postro ante tu piedad, haciendo lo que ordenaste. Porque tú sabes que solo te deseo a ti; por lo cual confío en que algún día cumplirás mi deseo: como está escrito: Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón (Salmo XXXVI, 4)." Esto debe entenderse así: Oh hombre, que fuiste concebido y nacido en pecados, deléitate en los mandamientos de aquel que te creó, contra el afecto de la carne; recordando también quién es aquel que te liberó. Cuando hagas esto, te dará lo que pides, porque no pides lo que debe pedirse, sino mostrando la aflicción de tu corazón, con espíritu humillado, clamando y lamentando, te obligarás a ti mismo como una bestia a trabajar en lo que es recto. Por lo tanto, aquellos que se esfuerzan por arrepentirse y enmendar sus males de esta manera, son más prudentes que los hijos de la luz; porque ellos ni quisieron ni hicieron esto. A Dios le agrada que el hombre tenga una dura batalla contra sí mismo y contra el dragón, para que quien tenga esto, Dios cumpla rápidamente sus oraciones y deseos, como también hizo en el bienaventurado Disibodo, quien tuvo duras batallas mientras vivió en el cuerpo, pero sin embargo las consumó felizmente con buen fin.

11. Mientras tanto, mientras este santo presidía laudablemente sobre su pueblo con palabras y ejemplos en la fe, una gran burla, un gran cisma estalló en toda esa región, algunos resistiendo tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, negando a Cristo, otros deseando las herejías de los herejes; algunos abrazando la secta de los judíos, otros amando la secta de los paganos. Algunos ardían en vivir no humanamente, sino en la confusión de las bestias, con un estudio torpe, otros teniendo disciplina por humanidad, pero sin esforzarse en hacer el bien. A estos grandes errores y confusiones, el bienaventurado Disibodo se opuso valientemente e intrépidamente, soportando pacientemente muchos oprobios y muchas injurias, deseando perder más bien la vida presente que consentir en tantos y tan inconvenientes males.

12. Y cuando había soportado estas cosas durante algunos años sin erradicación de los mismos males, incluso con peligro de su cuerpo, finalmente, afectado por el tedio, dijo a Dios en sus oraciones con gran llanto: "Oh Dios! y oh Juez de todos los hombres santos! ¿De qué me sirve trabajar con este pueblo, que con mordeduras rabiosas transfiere tu justicia?" Finalmente, los partidarios de los errores mencionados, con el pueblo implicado en los mismos errores, viendo que este bienaventurado no consentía en sus errores y depravación, sino que los reprendía en todas partes con constancia, sin temor a la muerte, le tendieron muchas trampas, y finalmente, con un ejército reunido de incrédulos, lo expulsaron de su sede, afectado por muchas contumelias. Sin embargo, él, prefiriendo servir a Dios en quietud que tardar más sin fruto de utilidad, habiendo reunido a pocos y religiosos hombres a su alrededor, dejó la sede de su dignidad, que había gobernado con fuerza y religiosamente durante diez años; dejó su patria y todo lo que tenía, por el nombre de Cristo, diciendo que ni a él ni a otros les servía de nada permanecer allí. Donde había crecido tanta incredulidad con dureza de iniquidad, y emprendió con ánimo alegre la peregrinación, que había deseado durante tanto tiempo, por la vida eterna.

CAPÍTULO II. Peregrinación a Alemania, instrucción del pueblo en el Rin, vida solitaria y austera en el monte, inicios del monasterio y milagros.

13. Y cuando salió de Irlanda, habiendo recorrido muchas regiones, y habiendo observado diligentemente muchos lugares, buscando descanso para su alma, finalmente llegó a Alemania, donde encontró un pueblo duro e implacable, y allí, cansado, fijando su paso por algún tiempo, mientras daba a ese pueblo palabras de salvación y ejemplos de santidad, muchos que lo escuchaban lo amaban, pero muchos no se preocupaban por escucharlo ni amarlo. Y mientras permanecía en esa provincia, deliberando consigo mismo a dónde podría dirigirse, escuchó una buena y dulce fama sobre la religión del bienaventurado Benito, quien había migrado recientemente, y había dejado muchos amantes de su religión, y así, por la admonición del Espíritu Santo, reconoció que su deseo aún no se había cumplido, que había deseado durante mucho tiempo, que al pueblo que una vez le fue encomendado, se le unieran algunos hombres de verdadera y perfecta religión: por esta razón, nuevamente procedió de lugares a lugares, y ni en los lugares ni en las costumbres de los pueblos encontraba lo que agradara a su alma.

14. Entonces comenzó a llorar y a orar, diciendo: Inclina, Señor, tu oído y escúchame; porque estoy necesitado y pobre (Salmo LXXXV, 1); lo cual debe entenderse así: Condescendiendo a mis tribulaciones, inclina, tú, Señor, que eres el rector de todos, el oído de la misericordia, y escucha las palabras de mi oración, porque soy necesitado en el alma, por la pusilanimidad de la mente, y pobre en el cuerpo, por la contrición de las aflicciones, yo, que debía seguirte y amarte sobre todas las cosas. Recuerda, pues, que desde mi infancia me esforcé por servirte, y que por tu amor siempre amé la pobreza y el desprecio del mundo. Entonces Dios, por la

frescura de su buen deseo, acogiendo estas plegarias, infundió en su mente una dulce consolación de paz, como el rocío cae sobre la hierba, y también en una visión nocturna, le manifestó con una revelación que algún día encontraría un lugar adecuado para su voto: pues a este hombre santo Dios, como hizo con otros amados que lo deseaban con todo su amor, parecía estar presente con ellos, viéndolos, hablándoles y escuchándolos, debido a la gran y buena intención con la que confiaban en Él con todo su corazón.

15. El Espíritu Santo también le quitó toda fama fabulosa de vana gloria, que está en muchos hombres, que oran y ayunan en simulación según su propia voluntad, cuando buscan algo de Dios injustamente, donde, si algo les sucede como quieren, lo tienen como una manifestación de Dios. Si hay tales personas, serán dispersadas como paja por el viento. Pero cuando un hombre se mortifica de las vanidades, en ellas toma como un sueño, y entonces el orgullo y la vana gloria, y la adquisición de honor de los pueblos, y otros vicios son restringidos por la virtud de Dios, para que ese hombre no se desvíe del amor de su Creador por sus sugerencias.

16. El bienaventurado Disibodo, regocijándose por la esperanza de su buen deseo, porque sabía que algún día se cumpliría con la ayuda de Dios, al escuchar la buena fama del pueblo que vivía en las partes de la Galia más allá del Rin, es decir, que ese pueblo era duro, pero sin embargo mantenía devotamente la religión eclesiástica viviendo, se cansó de la burla del pueblo burlón, y apenas esperando, dirigió apresuradamente su camino hacia el final del Rin: y desviándose de allí, y avanzando por caminos apartados, llegó al río Glan, y al cruzarlo, vio un monte alto y boscoso, al que ascendió después de diez años de peregrinación, y allí, cansado, sentándose y descansando, dijo a sus compañeros (que eran tres, el primero llamado Gillilaldus, el segundo Clemens, y el tercero Salustus) que habían venido con él desde Irlanda, tocado por el Espíritu Santo: «Aquí será mi descanso.»

17. Pues cuando luego recorrió el mismo monte por todas partes, y consideró diligentemente sus lados, la amenidad de aquel lugar complació más a su alma para habitar, porque la altura de aquel lugar ofrecía un acceso difícil a los que llegaban, y los arroyos que fluían de ambos lados proporcionaban refrigerio corporal a los que allí habitaban; y oraba, diciendo: «Señor, que resides sobre los cielos y gobiernas el abismo, te ruego que la amenidad de este lugar se convierta en la amenidad de las almas; porque es conveniente que en este lugar un pueblo fiel te sirva fielmente.» Y diciendo esto, se designó una morada en el descenso del mismo monte, hacia el oriente, por la cercanía del agua, y comenzando vigorosamente la vida que había deseado durante mucho tiempo, orando, vigilando y ayunando, llevó una vida solitaria dura y áspera.

18. Sus compañeros, que estaban con él, para que no tuvieran ninguna alegría entre ellos, construyeron sus moradas individualmente, más alejadas de él. Y es de saber que se sustentaron allí durante algún tiempo con raíces de hierbas, ya que no tenían otros alimentos. El monte, con los bosques adyacentes, y los lugares accesibles e inaccesibles (no de un solo hombre, sino de los habitantes de la provincia, tanto menores como mayores) en ese tiempo abarcaba más de una milla. De donde sucedió que cuando los hombres entraban en el mismo bosque, ya sea para cazar animales, pescar en los ríos adyacentes, cortar leña, o por otras necesidades, muchas veces veían a este hombre santo, ya sea desenterrando raíces o recogiendo otras cosas necesarias para él, y así, después de algún tiempo, se hizo conocido.

19. Pues el rumor se extendió entre el pueblo de que un santo, con algunos otros, había sido enviado por Dios a ese lugar; lo cual muchos admiraban, y con buen deseo venían a él y compartían con él cosas útiles, a quienes él les devolvía palabras de salvación y vida; porque desde el tiempo de su exilio hasta ese momento había trabajado especialmente en aprender la

lengua de esos hombres; por lo cual, según su capacidad, la entendía y la hablaba. De lo cual sucedió que aquellos a quienes él daba palabras de vida y consejos de vida eterna, a menudo le traían a él y a los que con él permanecían las cosas necesarias para el cuerpo. El siervo de Dios, con los hombres que se le asociaban, reunía a los pobres y necesitados a su alrededor: y lo que le quedaba más allá del sustento diario, con eso los alimentaba. Pues siempre recordaba que Adán pereció por el alimento; por lo cual frecuentemente tenía en su corazón a Antonio y Macario y a otros semejantes, que vivieron de hierbas y alimentos duros, para que, siguiendo su ejemplo, restringiera su cuerpo de alimentos suaves y delicados para no ser engañado por la antigua serpiente. Y cuanto más este bienaventurado afligía su carne, tanto más Dios multiplicaba su gracia con él; de donde muchos enfermos y débiles le fueron traídos, a quienes el Espíritu Santo sanó repentinamente por sus méritos: lo cual, sin embargo, él humildemente temía, y evitaba la alabanza de los hombres tanto como podía.

20. Y cuando la fama de su santidad volaba por toda esta provincia, divulgada por el pueblo, algunos temerosos de Dios vinieron a él, y le construyeron un pequeño oratorio en el descenso del mencionado monte hacia el oriente, en el cual celebrara los oficios divinos con los suyos, para que tanto ellos como otros que llegaran por Dios, recibieran de él palabras y pastos de vida. Otros, hacia el occidente, en la llanura al pie del mismo monte, cortaron zarzas y matorrales, y prepararon para el hombre santo huertos y pastos y pequeñas cabañas allí: de donde, y por las zarzas que allí fueron cortadas, que en lenguaje vulgar se llaman studim, el lugar mismo fue llamado primitivamente Studenheim. Muchos también de regiones lejanas venían a este bienaventurado, y le encomendaban sus almas con buena fe y esperanza: lo cual los pueblos que habitaban en la misma provincia, por instinto divino, temieron, y se dijeron negligentes en este hecho, porque Dios había visitado ese lugar para gloria y honor de su nombre a través de su santo, al cual ellos, teniéndolo cerca, descuidaban visitar y honrar con sus bienes con más frecuencia.

21. De donde sucedió que los príncipes y otros nobles y ricos, junto con el resto del pueblo que habitaba esas tierras, ofrecieron el mismo monte con todos sus límites, más allá de los ríos que corrían, a saber, el Nam [o Nahe] y el Glan, en longitud y anchura, como se ha dicho, al mismo hombre santo y a sus sucesores; porque vieron las maravillas de Dios en él, para que también los hombres buenos congregados allí en santa conversación, tuvieran lo necesario para la vida presente sin indigencia; y decían con voz y clamor común: «Alabanza a ti, Señor Dios, porque te has dignado enviarnos a este santo tuyo.» Recibida esta ofrenda, el bienaventurado temió, recordando que en la carga episcopal había soportado antes muchas adversidades de las gentes, y con las rodillas dobladas ante Dios, oraba para que esa ofrenda surgiera para el fruto y la vegetación de las almas, con el don del Espíritu.

22. Luego, día y noche, ardiendo en su corazón, pensaba cómo en el deseo de su mente había tenido durante muchos años pasados, cómo y dónde reunir a hombres religiosos y de vida austera, porque en espíritu entendió que era conveniente para Dios que una congregación espiritual sirviera a su Creador en ese lugar. Y, inspirado por el Espíritu Santo, puso toda la devoción de su corazón en las conversiones y en la doctrina del bienaventurado Benito, que ya había pasado a Dios, y había dejado a algunos hombres bienaventurados, fieles ministros de su santa institución, aún vivos y sobrevivientes en esos tiempos, y envió mensajeros con humilde súplica a regiones lejanas, donde esa misma conversación florecía religiosa y santamente, para que plantaran la viña del Señor de los Ejércitos, según la doctrina del mencionado Padre, que había establecido una regla conveniente para el pueblo espiritual, enseñada por el Espíritu Santo.

23. Y así atrajo a muchos hombres religiosos de esa misma conversación, a quienes ordenó construir un oratorio y moradas convenientes en la cima del mismo monte, debido al difícil acceso, hacia el oriente, para que no fueran molestados por el pueblo, y para que el rigor y la religión de ellos no se convirtieran en blandura y pereza por la frecuente llegada de visitantes. Él mismo, para estar preparado para todo lo que surgiera, y para satisfacer a los que llegaran con respuestas, según su calidad, permaneció solitario en el descenso del monte hacia el oriente, en la morada y en el oratorio que se había preparado, como se ha dicho antes. La congregación de esos mismos hermanos aumentaba tanto según Dios como según los hombres: y todo lo que debían hacer o tener, se hacía por orden o permiso de este hombre santo, y llevaban una vida común, según la institución del bienaventurado Benito.

24. Pues el piadoso Padre Disibodo se esforzaba para que su congregación, compuesta y firme por la costumbre de la ley instituida para ellos, no pudiera ser penetrada por el diablo con la trampa de los vicios, y que no pudiera ser separada por sus puertas; y que apareciera terrible por la continencia de los vicios, y como un ejército ordenado, en la concordia de las virtudes, al diablo y a los hombres. Sabia y prudentemente les enseñaba a luchar contra las huestes hostiles de los espíritus aéreos en humildad, y a evitar la vanidad del orgullo y la arrogancia de la mente, en la delectación de este siglo, proponiendo diligentemente la alabanza y la gloria del vencedor, que ha luchado legítimamente, y luego se ha conservado bien en la cautela de la recta circunspección. También los rodeó y fortificó con el vallado del rigor y la restricción de toda la disciplina espiritual, para que el diablo no irrumpiera repentinamente sobre ellos, sabiendo que él tiene el máximo empeño en irrumpir sobre el pueblo espiritual: y que se regocija mucho más si ha vencido a un hombre espiritual según la voluntad de su maldad, que si ha vencido a muchos seculares: porque ve que lo ha hecho semejante a él, cuando cae del deseo celestial, como él mismo cayó del cielo por el orgullo.

25. De esta manera, este santo comenzó a reunir y fortalecer a sus hijos. Lo cual, cuando los hombres seculares lo vieron, acudieron de toda esa provincia, y todo lo que él comenzaba a hacer y operar en sus necesidades, ellos lo completaron diligentemente con buen ánimo. De donde sucedió que esa bienaventurada congregación se multiplicó hasta el número de cincuenta hermanos perfectos en doce años. Pues en esos tiempos se encontraban pocos hombres de esta conversación, y nadie emprendía este camino sin ser probado. Pero el Espíritu Santo, que había plantado esta congregación, la regó: como el rocío cae sobre un campo fértil, de modo que el que se encontraba en ella bajo disciplina, ascendía de virtud en virtud, y no tenía impedimento del antiguo insidiador; porque donde el mismo Espíritu Santo está en sus milagros, allí el mismo antiguo enemigo estará temeroso, y no se atreverá a entrar; pero si ha sembrado algo allí en secreto, el Espíritu Santo lo pisoteará de nuevo, para confusión de él. Los méritos y la santidad del bienaventurado Disibodo eran seguidos por las señales y milagros de Dios, que también se renovaban sin tedio, porque Dios siempre hará cosas nuevas.

26. Pues un hombre, cuya lengua había sido debilitada por la gran invalidez de su cuerpo, de modo que no podía pronunciar palabras humanas, viniendo a él desde partes lejanas, con gestos y señales de manos, como pudo, le suplicó llorando que le ayudara con este inconveniente ante Dios. Pero el piadoso Padre, habiendo hecho oración sobre él, sintiendo que la gracia de Dios estaba con él, y recordando el ejemplo del Señor, donde hizo hablar al mudo, sopló en la boca de este hombre, diciendo: En el nombre de aquel que dijo al mudo: Effeta, y él comenzó a hablar, te ordeno a ti, vínculo de la enfermedad, que debilitaste la lengua de este hombre, que te sueltes y te alejes de aquí; y que no impidas más su lengua para hablar. Y al instante el vínculo de su lengua fue soltado, y pronunció palabras humanas correctamente, y dio gracias a Dios y a este santo.

27. Hecho esto, también un hidrópico, hinchado con un extraño tumor, fue presentado a este santo por las manos de sus amigos, quien, derramando muchas lágrimas, buscó de él la salud del cuerpo. Pero cuando él dudó un poco, y afirmó que era indigno de tal hecho, finalmente, vencido por la súplica de los suplicantes, oró al omnipotente Señor por él, y tocándolo con sus manos, lo bendijo, y así la enfermedad desapareció gradualmente de él por la gracia de Dios.

28. Pero también un leproso, con la piel horriblemente distorsionada, venía a él, y después de haber derramado primero súplicas por su enfermedad, también amenazaba con no irse de allí hasta que fuera restaurado a la salud. Movido finalmente por la importunidad del hombre, el bienaventurado lo llevó a su morada, y lo retuvo con él por algún tiempo, y derramando oraciones por él con frecuencia, lo hizo regresar a su hogar con la carne de su cuerpo sana y hermosa. Pero la misma verdad, que entonces vio estas cosas, y las hizo, las produjo aquí en abierto por sí misma, sin que nadie lo supiera.

CAPÍTULO III. Veneración de los súbditos hacia el santo, incrementos del monasterio, profecía sobre su futura destrucción, muerte, fragancia de olor, sepultura, y después de ella varias curaciones.

29. También se hicieron muchas señales y milagros a través de él en ciegos y cojos y en débiles, y en poseídos por el diablo, e incluso en aquellos que, por la tempestad de humores malignos, habían perdido sus sentidos, que eran llevados a él desde partes lejanas y cercanas: y todos eran sanados por él; porque la virtud de Dios estaba en él. Pues el mismo siervo de Dios vivió entre los suyos como un ermitaño, que es la raíz de la vida de los monjes, porque los hombres de esa conversación, completamente apartados del mundo, viven en soledad con la alabanza de los ángeles, y su vida es tan laboriosa, que muchos, debido a la fragilidad, tanto del cuerpo como del alma, no podrían soportarla, si la emprendieran imprudentemente y de repente. Pero viviendo en esta restricción, el mismo bienaventurado Padre confortó a sus súbditos con doctrina y ejemplo para toda buena obra, como un hombre que hace que un fuego ardiente arda mucho, hizo esto; y ellos no buscaban ni querían otro maestro mientras él viviera, especialmente cuando tenían entre ellos, por su mandato, a quienes los dirigieran a la rectitud de su conversación sin ofensa ni murmuración.

30. Sin embargo, no había recibido el hábito de la religión monástica que usaba su congregación; porque había concedido a sus súbditos una conversación más suave según la Regla del bienaventurado Benito, que él mismo tenía, y lo hizo para que, si fuera semejante a ellos en el hábito, aunque no quisiera abandonar la dureza de su rigor en vigiliass, ayunos, y otras contrariedades de su carne, no pareciera menospreciar su religión y destruir su vida común. Pero con el miserable sustento, con el cual apenas sostenía su cuerpo, y con el vestido áspero y duro, como había salido peregrinando de su tierra, lo usó frecuentemente mientras vivió, imitando al bienaventurado Pablo, el primer ermitaño, y a otros semejantes a él, que preferían estar en los bosques que en las villas. También, en el oficio divino del altar, desde el tiempo en que fue expulsado de su sede hasta el final de su vida, no celebraba según el orden de los obispos, sino según la costumbre de los pobres presbíteros, y en esto no tenía ninguna opresión de mente, sino alegría de corazón, imitando la pasión de Cristo.

31. También se esforzaba muchas veces por poner un Padre espiritual y defensor, como es justo, sobre su congregación, pero todos los que estaban bajo él se negaban a que esto se hiciera; porque no querían tener otro padre y maestro que él, diciendo que tenían inspectores de su conversación, pero que a él, para que les brillara más sublimemente en el Señor, nunca

lo cambiarían mientras viviera. Por lo cual, por el buen voto que tenían en sus corazones, fueron divulgados por muchas provincias, y muchos que venían a ellos buscaban de ellos consejos y ayudas para sus almas. Pero también muchos que habitaban en esta provincia, y que estaban situados en la vecindad del mencionado monte, cuyo círculo es largo y ancho, debido al suavísimo olor y rumor de su conversación, ofrecían al santo y bienaventurado Disibodo, sin ninguna reticencia, todo lo que podían tener de propiedades y bienes, o esperaban que les sobrara, y construían aldeas en el mencionado bosque, aquí y allá, para su utilidad.

32. El santo de Dios, después de haber trabajado allí durante mucho tiempo y cuando ya sus fuerzas corporales casi habían desfallecido por los excesivos trabajos, predijo a sus hijos en espíritu, con gran temor, que no podrían permanecer siempre en la prosperidad y seguridad que habían alcanzado sin ofensa por un tiempo; sino que sufrirían muchas y grandes presiones y tribulaciones, porque el diablo, a quien habían ridiculizado repetidamente viviendo bien, se esforzaría con gran empeño en perturbarlos a ellos y a sus descendientes, en la gran burla que intentaba hacer en el pueblo. Sin embargo, los consolaba piadosa y abundantemente, diciendo: «Yo, con suspiros y dolor en mi corazón, he trabajado hasta ahora con gran deseo para no ver vuestra tribulación mientras viva en este mundo, lo cual confío que así será en el Señor. Pero sabed que después de mi muerte, que pronto llegará (pues las fuerzas de mi cuerpo ya están en declive) y después de las tribulaciones que sufriréis, vuestros últimos tiempos serán mejores y más prósperos que los primeros; de modo que en todas las necesidades del alma y del cuerpo, entonces vosotros y vuestros descendientes abundaréis más que cuando yo vivía.»

33. Al escuchar estas palabras, lloraban con gran dolor y lágrimas, pues comprendían que su fin estaba cerca. Y este rumor se extendió entre el pueblo, lo que motivó a muchos a ir a verlo, de modo que lo escucharon y se encomendaron a sus oraciones y santidad; a quienes él les daba consejos de salvación y palabras de bendición, también encomendaba a sus hijos y el lugar que le había sido dado, y para que grabaran esto más atentamente en sus corazones, no les ocultaba que su fin estaba cerca. Entonces, al escuchar que su vida llegaba a su término, emitieron muchos gemidos con voz lúgubre y lo visitaban con más frecuencia de lo habitual mientras vivió. Sin embargo, no reveló a nadie cómo sabía de su fin, excepto a algunos pocos hombres religiosos que conocían casi todos sus secretos, a quienes les había dicho que le había sido manifestado por una revelación angélica, y esto lo ocultó a los demás, quienes, en la medida de lo posible, escondió todas sus obras para que no perecieran por la alabanza.

34. Y después de haber servido fielmente a Dios durante treinta años en el monte mencionado, y de haber proporcionado plenamente a sus hermanos todo lo necesario para la vida presente, más cansado por el trabajo que por la vejez, comenzó a enfermar porque sus fuerzas corporales habían fallado por completo, y pronto, convocando a todos los hermanos, les nombró un Padre, a quien, mientras aún vivía, por primera vez, a petición de ellos, puso al frente, y a quien confió todo lo que pertenecía a ese lugar; pues en tiempos pasados, había rehusado ser nombrado Padre, ya que siempre lo habían seguido como Padre en todo. Pero también les mostró el lugar de su sepultura, y les rogaba con gemidos y lágrimas que no lo enterraran en un lugar elevado, sino en el humilde refugio de su oratorio, donde había servido a Dios en soledad. Ellos prometieron cumplirlo llorando en grandes dolores. Lamentándose, enumeraban todas sus buenas obras y enseñanzas una por una, y llorando amargamente, clamaban: ¡Ay, ay! ¿Qué será de nosotros cuando perdamos a nuestro defensor y consolador de nuestros cuerpos y almas? Y así como el ciervo sediento desea las fuentes de agua,

también ellos deseaban tenerlo por más tiempo, lo cual antes, por la alegría que frecuentemente tenían con él, no podían grabar en sus corazones.

35. Finalmente, al agravarse el dolor, convocando nuevamente a los hermanos, les hizo saber, como pudo, que su fin estaba cerca; y después de muchos trabajos, después de muchas tribulaciones, en el octogésimo primer año de su vida, el octavo día antes de los Idus de julio, recibió el término de la vida presente. Y al Señor, a quien había servido fielmente, le entregó su espíritu en presencia de ellos. Al partir, un suavísimo olor a bálsamo, y como el olor de mirra e incienso y de todas las especias, lo siguió inmediatamente, y se hicieron allí muchos signos. Por toda aquella provincia la fama volaba rápidamente, que el beato Disibodo había partido de esta vida, por lo que una gran multitud de personas, apresurándose a sus exequias, deseaba asistir a su sepultura y ver los signos que Dios hacía allí. El suavísimo olor que apareció al partir él, duró hasta el trigésimo día de su partida alrededor de su sepulcro, y en esos días, siete personas poseídas por espíritus malignos, treinta cojos y muchos ciegos y sordos, y muchos otros fatigados por diversas enfermedades, tocando su sepulcro, fueron verdaderamente sanados por la gracia de Dios.

36. Y como estas cosas eran muchas, y porque los hombres de aquel tiempo tenían los signos por costumbre, los grababan más insolentemente en sus corazones. Pero aquel pueblo, al verlo, decía: «Dios nos muestra mayores signos y más milagros después de la muerte de este beato que cuando vivía; por lo tanto, también confiamos en que por sus méritos seremos librados de todos nuestros peligros.» Pero porque de estos signos, que entonces se hicieron allí, y que posteriormente se hacían allí por la gracia de Dios, muchos se alegraban más y más negligentemente de lo que debían; por eso Dios los retiraba para su corrección. Pues el Espíritu Santo no quiere que el hombre se gloríe en los milagros que son de él, sino que con tremenda alabanza, se atribuya la gloria solo a aquel que tiene el poder de hacerlos. Dios, en efecto, distingue las obras de sus santos, así como establece las criaturas; de tal manera que a algunos les concede buenas obras y santidad sin signos, a otros les atribuye buenas obras y también grandes milagros, y a otros les da por su gracia, para que por sus buenos ejemplos muchos se conviertan a él: así como también distingue el sol para el día, y la luna y las estrellas para la noche en los tiempos.

37. También llenó todo el círculo del mundo con aves y reptiles, y otros animales que crecen, de modo que no está vacío de ninguna necesidad, y así cada uno es advertido de sus deberes en ese monasterio, que pertenece al hombre: pues cada criatura se multiplica en su género, como Dios le ordenó en la primera constitución; pero la que es irracional, al servir al hombre, le ayuda, porque el padre de familia, que es el hombre, no puede gobernar su casa sin ayuda y servicio; pero Dios hizo que solo el hombre viviera con un alma racional y viviente, por lo que su aliento no desfallece, así como tampoco desfallecen las ramas del árbol, porque Dios le infundió conocimiento, de modo que dictamina lo que quiere pensando, y lo que tiene en mente, lo multiplica después con voz clamante y palabra racional, así como también se multiplican las hojas en el árbol.

38. Pero la criatura irracional no tiene el conocimiento de la racionalidad, y por eso es vana y pasa; pero el hombre, siendo racional, conoce la utilidad por el conocimiento, y la ama, y la atrae hacia sí, y en ese conocimiento ve qué es malo y qué es nocivo, y lo teme y huye de ello; y se guarda de ello, y en estos dos, a saber, el temor y el amor, que tiene en el conocimiento del bien y del mal, se gobierna en todas partes, así como también el ave vuela con dos alas. Pues él solo fue formado a imagen y semejanza de Dios, porque Dios lo creó para que obrara según ella: por lo que donde su conciencia se eleva al bien, allí por la gracia del Espíritu Santo le viene en ayuda. En esta distinción, como se ha dicho, Dios puso todas

las criaturas, y porque hizo al hombre a su imagen y semejanza, por eso le dio pleno conocimiento sobre toda criatura mortal.

39. Y porque su carne tiene fin y defecto, por eso su alma no puede perfeccionar el bien sino por aquel que es sin fin. Pero los que perseveran en el bien hasta el fin, estos ascienden al cielo a Dios, y allí el querubín enumera todas sus buenas obras ante el trono de Dios, y entonces también la faz de Dios las mira, como oro purísimo, y como piedras preciosas y nobilísimas. Por lo tanto, toda la armonía celestial canta un cántico nuevo sobre ellas, y así el Espíritu Santo siempre hace cosas nuevas en las obras de los santos. Pero los que perseveran en el mal, estos imitan a los ángeles perdidos, que por su maldad cayeron de la gloria del cielo; y así, por vanidades sórdidas, pierden la recompensa de la vida eterna.

40. Pues Dios infundió al hombre pleno conocimiento de la racionalidad, como se ha dicho, porque previó que el hombre podría superar al diablo por ella, porque el hombre por el buen conocimiento sabe el mal, y por el mal, el bien; y por eso lucha en una guerra muy victoriosa contra ese antiguo enemigo, para que lo venza, y para que posea el lugar que él perdió; lo cual no podría hacer de ninguna manera si no tuviera pleno conocimiento; porque lo que el hombre sabe conociendo, de eso apenas puede contenerse, sin a veces volverse hacia ello por elección. Pero si las oscuras tinieblas suben al corazón del hombre, de modo que el hombre en su carne siente que puede pecar; y si entonces elige el pecado, y persevera en él sin arrepentimiento, se asemejará a aquel que se apartó de la claridad de la luz, para cumplir los deseos de su oscura propiedad; por lo cual también surgieron las penas del infierno.

41. Pero el beato desea hacer lo que no siente en su carne, y pide ayuda al Espíritu Santo, para que mire en el espejo de la santidad. Y así como el hombre considera su rostro en el mundo, en el que sin embargo no está, y lo que ve indigno allí, lo corrige en la medida de lo posible, así el beato desea obrar buenas obras por la fe de esta manera, para confusión del diablo, contra su carne; y lo que la carne no le concede, lo obra; y así, superándose a sí mismo con sus voluntades en guerras muy duras y fuertes, poseerá la caridad que los ángeles perdidos habían tenido. Pues Dios constituyó las criaturas de tal manera que el hombre complete sus obras con ellas; por lo que también imbuje a algunos hombres de tal manera que construyan edificios sagrados, y que reúnan a otros para servir a Dios, a quienes sin embargo Dios mismo muchas veces permite muchas y diversas vicisitudes según sus placeres; todo lo cual tolera, y sin embargo no les envía inmediatamente su venganza. Pero donde el Espíritu Santo edifica en los edificios y en los hombres, aunque vivan negligentemente en pecados, si alguien por contumacia de su perversidad hace destrucción allí, el fuego del Espíritu Santo lo consume rápidamente en su celo y en su juicio.

CAPÍTULO IV. Dispersión de los monjes, regreso: traslado del cuerpo sagrado por San Bonifacio; ruina del monasterio y sus caídas y vicisitudes.

42. De esta manera el Espíritu Santo también obró en el lugar mencionado, donde el beato Disibodo había servido a Dios con buenas obras; y donde él, partiendo de esta vida, había entregado su espíritu feliz al Señor. Pues después de su tránsito, pasados algunos años, una gran presión de guerras ocupó toda la provincia mencionada: de modo que algunos, sobrevenidos por la rabia tiránica, devastaban las partes y tierras contiguas al Rin, junto con la misma provincia; por lo cual, aterrorizados por el horror y el miedo, los habitantes de ellas huyeron a donde pudieron. Pero los príncipes de la provincia mencionada, junto con el resto del pueblo, sabiendo que el monte mencionado era alto e inexpugnable, con gran prisa, antes de que fuera ocupado por los enemigos, subieron sobre él, a pesar de la oposición de los hermanos que allí servían a Dios, y lo fortificaron con muros firmes, haciendo en él

habitáculos, confiando en que tanto por los méritos del beato Disibodo como por las fortificaciones del mismo monte, serían librados de la tiranía cruel mencionada.

43. Pero por la multitud e inquietud de aquellos hombres que habían ocupado el monte, la congregación de hermanos que allí servían a Dios no podía permanecer en paz ni servir a Dios con rectitud, y por eso, con el consejo y ruego de los mismos príncipes y hombres, los mismos hermanos se dividieron en regiones lejanas (porque les prometían que después de estas tribulaciones y trabajos, los traerían de regreso honorablemente), excepto algunos pocos y perfectos hombres, que se dirigieron a la tumba del beato varón, es decir, su patrón, para mantenerla en honor, quienes también eran de tal perfección que no se preocupaban en absoluto por su vida. Pero la aflicción mencionada no duró por muchos años, sino que esta provincia fue liberada de la tiranía de los enemigos invasores por la ayuda de Dios. Hecho esto, aquellos que habían ocupado el monte, recordando su promesa y mirando el temor de Dios, investigaban a los hermanos de la congregación mencionada dondequiera que pudieran, y los traían de regreso con gran honor, y les conferían todo lo que allí habían reunido y construido, con mayores facultades y más amplias propiedades que las que antes habían tenido.

44. Por lo cual sucedió que, según las palabras del beato Disibodo, que había predicho en vida, sus últimos tiempos serían mejores y más prósperos que los primeros después de su muerte y después de sus tribulaciones, de modo que incluso de regiones lejanas muchos, tanto espirituales como seculares, venían allí, y pedían y recibían consejos y ayudas, tanto para las almas como para los cuerpos. Pero Dios purgó a estos hombres bienaventurados tantas veces por sus negligencias como veces pecaban; como también lo hizo entonces, cuando se alegraban más piadosa y negligentemente de lo que debían por los signos y milagros que se hicieron por los méritos del Padre santo mencionado, por lo que desde entonces no aparecían con tanta frecuencia como solían aparecer antes. Pero donde se ven y conocen las obras del Espíritu Santo, pero sin embargo se llevan a ostentación, allí el mismo Espíritu Santo examinó esa ofensa con pena judicial hasta el último cuadrante.

45. Y cuando cesaron los signos y milagros en la tumba de este santo Padre, aunque sus descendientes conservaron religiosamente su tránsito a Dios durante muchos años, finalmente ellos, gimiendo con suspiros dentro de sí, recordaron por inspiración divina que, por sus pecados, Dios había retirado su mano en los prodigios de los milagros allí, y que no los mostraba sino de vez en cuando, por la memoria del mismo santo, y acusándose a sí mismos, dijeron entre ellos: ¿Qué hacemos languideciendo en la negligencia, que no veneramos a este santo de Dios, cuando Dios ha hecho muchos milagros y bienes por sus méritos? Así que, acudiendo a los ancianos de la provincia y a los sabios, y recibiendo consejo de ellos, con el consentimiento y autoridad de Bonifacio, obispo de la sede de Maguncia, fijaron un tiempo y un día en el que elevarían los huesos del beato Disibodo, y divulgaron este día entre todo el pueblo de esa tierra. Y cuando llegó el día fijado, y se reunió una multitud de gente, en presencia del mencionado obispo, acercándose al sepulcro del santo varón, con gran veneración levantaron sus huesos y cenizas, y los trasladaron del refugio del oratorio, donde habían sido sepultados, al monasterio, casi hacia el occidente del mismo monte construido, con alabanzas de himnos y grandes voces de los pueblos, después de muchos años de su migración al Señor, y los colocaron honorablemente en el lugar preparado para ello.

46. Pero Dios, que conoce lo oculto, nuevamente manifestó los méritos de su santo allí, de modo que en el mismo día, mientras esto se hacía, un hidrópico y otros enfermos, gravados por diversas enfermedades, fueron curados: y lo que es más grave, el suavísimo olor que apareció en su tránsito, apareció nuevamente con maravillosa fragancia durante todo ese día;

por lo que sucedió que el pueblo de esa provincia, viniendo al sepulcro de él, frecuentaba de allí en adelante con gran veneración de oraciones y ofrendas el día anual en que estas cosas se hicieron, y el día de su migración al Señor. Así que los hermanos de la congregación mencionada vivían en paz durante muchos años, y servían a Dios y al beato Disibodo sin ofensa en tranquilidad: de modo que el pueblo los amaba mucho, y los bendecía, y que con su ayuda y bienes estaban presentes en todas partes; y por eso se hicieron ricos y opulentos en muchas facultades.

47. Finalmente, después de transcurrir muchos años y reinados de reyes, nuevamente surgieron grandes batallas con los provinciales de la religión mencionada. Por lo cual los ancianos con los príncipes de esa tierra acudieron al emperador, es decir, a Carlomagno, quien en ese tiempo había asumido el imperio romano, y dijeron que no era apropiado que aquellos que debían servir al espíritu y no a la carne, a Dios y no al mundo, poseyeran riquezas y pompas del siglo en superfluidad, como lo hacían aquellos que estaban en el Monte del santo Disibodo, cuando ellos, oprimidos por batallas y angustias, no tenían riquezas ni facultades con las que pudieran servir al reino y beneficiarse a sí mismos. Cuyas palabras el emperador recibía sabiamente, y sabiamente disimulaba, diciendo que él no les quitaría a esos hermanos, ni las propiedades, ni otras facultades que los fieles les hubieran conferido, de ninguna manera. Recibida esta respuesta, ellos se contenían de su intención inicial.

48. Así que, fallecido este emperador, y sucediéndole muchos otros tiempos, nuevamente surgió la tiranía de crueles guerras, que prevalecía con tanta crueldad que incluso algunas ciudades adyacentes al Rin fueron destruidas por esas opresiones. Por lo cual los más nobles de la provincia mencionada, que eran de la progenie de los príncipes mencionados, junto con el prelado de la sede de Maguncia, acudieron al emperador que en ese tiempo tenía el imperio, y también hicieron la queja mencionada, clamando más agudamente, diciendo que no tenían ninguna abundancia de facultades, con las que pudieran servir al imperio y defender su vida: porque aquellos que habitaban en el Monte de San Disibodo poseían sus propiedades y las de sus padres; y que ignoraban cómo era esto. A quienes, habiéndolos escuchado, el mismo emperador les prestó atención, y convocando a los demás príncipes y jueces, quiso investigar, casi bajo juicio, por qué tradición y confirmación se habían conferido tan lejos y tan ampliamente las posesiones de las propiedades a los hermanos.

49. Pero aquellos, comprendiendo al emperador y cegados por la envidia y la malicia, presentaron muchos testimonios falsos e injustamente compuestos, y decían que los mencionados hermanos poseían injustamente y sin sentencia ni concesión imperial aquellas posesiones que habían tenido durante muchos años sin queja alguna. Por lo tanto, por el juicio de jueces que juzgaban injustamente, dada la sentencia imperial y obtenida la licencia del mismo emperador, los proclamadores de las mencionadas querellas, junto con el mencionado pontífice, que era el principal autor de esta invasión, perturbaron con una invasión y sustracción cruelísima las posesiones y los alodios que pertenecían al Monte del bienaventurado Disibodo, así como el término de dicho monte, con la anuencia de la divina venganza. Con esta persecución e incomodidad, los hermanos que habitaban allí, perturbados y consternados, y completamente despojados, aterrorizados por el horror de las guerras inminentes, abandonaron el mismo monte, lamentándose con gran llanto, y se trasladaron a lugares ajenos, dondequiera que pudieron.

50. Al partir, para que no tuvieran esperanza de regresar, sus habitáculos fueron destruidos hasta los cimientos por los mencionados invasores, excepto el lugar santificado donde los

huesos del mencionado santo habían sido sepultados después de su traslación. Sin embargo, para que el mismo lugar no quedara completamente desolado del oficio divino, los autores de esta destrucción designaron a un sacerdote para que gobernara al pueblo que habitaba cerca, al cual apenas le asignaban suficiente sustento y vestimenta de los beneficios pertenecientes a ese lugar; y así, este lugar permaneció en tal desolación durante mucho tiempo. Finalmente, después de muchos años, un hombre noble y conde de la mencionada provincia, llamado Liuthardus, dedicado al mundo y rodeado de muchas riquezas, viendo el mencionado monte alto y hermoso desolado, compungido por la gracia divina, suspiró, y por la gloria de la Santa Trinidad y en memoria de San Disibodo, dispuso que tres sacerdotes sirvieran allí a Dios, proveyéndoles de sus bienes lo necesario para la vida presente.

51. Pero después, pasados algunos años, un cierto arzobispo de la sede de Maguncia, piadoso, humilde y contrito de corazón, subiendo al mismo monte e inclinando suplicante sus rodillas ante la tumba del bienaventurado Disibodo, lamentó profundamente haberse enriquecido con las posesiones injustamente arrebatadas a dicho santo, y haciendo un voto a Dios, dispuso que doce canónigos sirvieran allí a Dios y al mencionado patrón día y noche; también hizo que se les devolviera cuanto pudo de los alodios pertenecientes a ese lugar. Así, la purgación divina retiró gradualmente sus flagelos; pero aún no lo había completado del todo. Por lo tanto, cuando al Espíritu Santo le agradó en su secreto, inspiró a un hombre prudente del mundo, que también presidía la sede de Maguncia, y lo hizo desear que el lugar tantas veces mencionado recuperara el esplendor que había recibido en su primer origen. Este, como un prudente padre de familia, hizo que, con caridad, dividiera su sustancia entre sus hijos; colocó benignamente a los canónigos que residían en el mencionado monte en otros lugares convenientes para ellos, y restituyó allí a hombres religiosos que vivieran en gran disciplina según la Regla de San Benito, y en quienes se perfeccionara todo bien viviendo santamente.

52. Hecho esto, los miró con el abrazo de su corazón, y como hombre bendito en generosidad, les ministró limosnas de la sustancia y de la facultad que poseía, según pudo. La congregación, entonces y después, sufrió allí muchos flagelos por permiso divino; así como también los que antes estaban allí sufrieron muchas veces, como también ahora sucede muchas veces en los flagelos de Dios, y como será después, cuando los que habitan allí lo merezcan. Sin embargo, muchas fábulas necias sobre todas las causas mencionadas circulan y se narran entre el pueblo a través de las variaciones de muchas vicisitudes, que el Espíritu Santo no recoge; y por eso se disipan como paja; pero estas cosas que se han dicho, por el Espíritu Santo, para la gloria de su nombre, en memoria del mencionado patrón, y para la corrección de los hombres oyentes, han sido manifestadas por una revelación veraz: por lo cual no se debe añadir nada de las opiniones anteriores; para que las palabras de Aquel que Es no sean llevadas a burla.

53. Por lo tanto, también se debe considerar qué ha obrado Dios en los hombres desde el primer hombre hasta ahora. Pues cuando Adán cayó primero del paraíso, peregrinó; y como él cayó por una vil criatura, por eso también Dios quería que las criaturas se le ofrecieran [¿o no se le ofrecieran?], así como un niño primero se alimenta de leche. Pero después de que el Hijo de Dios asumió la humanidad, se ofreció a sí mismo como sacrificio al Padre, y abrió la boca del hombre al alimento de la justicia, así como también un niño es alimentado. Pero cuando el mismo Hijo de Dios ascendió a los cielos, llenó a los hombres con el fuego del Espíritu Santo, y les enseñó a luchar contra los vicios y las concupiscencias, y así a hacerse a sí mismos un sacrificio para Dios: de modo que también eligieron vivir según la armonía celestial, como hacen los hombres espirituales, que se han dejado a sí mismos y al mundo por amor a Dios; y como también otros buenos hombres se esfuerzan por hacer, que en ardiente

deseo, según el don del Espíritu Santo, emprenden una fuerte continencia; así como el hombre en la edad perfecta toma su alimento por sí mismo.

54. Así también hizo Dios aquí, porque quitó la opinión vacilante, y ordenó que la verdad avanzara con confianza. Así pues, Dios purgó muchas veces a aquellos que habitaban y habitan en el mencionado lugar, como se ha dicho, así como castigó muchas veces a otros muchos, pero de tal manera que no los abandonó por completo, como hizo con Israel, que cuando comenzaron bien, por muchas vanidades que luego perpetraron, sufrieron muchas persecuciones, y que también serán buscados en el tiempo malicioso, y así no perecerán del todo. Ahora bien, sea la alabanza a Dios, que siempre lucha contra la antigua serpiente, de modo que ha purgado toda arruga de pecado hasta la consumación del siglo, donde también toda la constitución de sus fieles aparecerá plenamente, en la que primero ordenó: y entonces el antiguo enemigo será completamente confundido, porque no podrá beneficiar ni a sí mismo ni a otros, ni dar gloria a nadie. Estas palabras, por lo tanto, las ha pronunciado la verdadera sabiduría: Yo, sin embargo, pobre, yaciendo en el lecho de mi enfermedad, vi y oí todas estas cosas, y comencé y terminé de escribir; pero Dios tiene el poder de levantarme del lecho, si le place. Amén.